

Quizá

Mientras iba ocurriendo, a como íbamos encontrando el modo, no sin vueltas y revueltas al intentar editar el libro que hoy presentamos, me encontré con una pequeña anécdota que contaba lo siguiente: Cansada de las correcciones que le hacían en el periódico donde publicaba sus cuentos, Clarice Lispector envía la siguiente nota: “Perdón por equivocarme tanto. Esto se debe, primero, a que me quemé la mano derecha, por lo que su manejo me es más dificultoso. Y segundo, bueno... segundo no sé por qué. Ahora, un pedido: No me corrija. La puntuación es la respiración de la frase, y mi frase respira así. Si a usted le parezco rara, respéteme. Incluso yo me vi obligada a tener que respetarme. Escribir es una maldición”.

Nota acotada, que apareció en calidad de hallazgo, ya que en ella estaba el espíritu de cómo nos habíamos dispuesto a encarar la tarea. En las reuniones con Teresa hablábamos del estilo, el modo, las formas, en definitiva, de cómo no sucumbir, no solamente a la falta de respeto que significaría intentar corregir, sino también a la tarea imposible de hacerlo. Corregir implica que hay un *el modo* en que algo es correcto, y aquellos que escuchamos a Hugo hace tiempo, reconocemos en su transmitir una cierta incorrección que caracteriza su estilo. Incorrección que no es incorrecta, si de psicoanálisis se trata, porque es la que da lugar a las faltas, las errancias, a alojar malos entendidos, a producir la chispa del chiste. Claro está, por supuesto, que no todas las chispas se convierten en fuego, solo aquellas que llegan con la fuerza necesaria a terrenos propensos a las llamas.

En definitiva, el lugar desde donde un sujeto puede decir y no solamente ser dicho, incorrección que logra con precisión el decir que bordea y va cercando lo que no puede decirse, *“decir que ciñe la palabra, en el acto de hablar... () ...testimonio del límite del decir, como imposibilidad lógica”*, dice Hugo en un trabajo presentado para una jornada de la Conversación¹.

No hay un *el modo* correcto en que el decir se pueda poner en acto. Decir que parte y se diferencia de la tradición de lo escrito, y que es un exhalar algo novedoso, inventivo. Lacan toma a los talmudistas para plantear que la transmisión, tal como ellos la practican, es del registro de lo oral, oralidad que se enmarca en una tradición la cual es, para nosotros, a diferencia de los antiguos, escrita. Más en particular, en nuestro caso, la tradición Psicoanalítica. Quizá la transmisión queda del lado de lo oral, porque implica a la voz y esto introduce la dimensión del cuerpo. Cito: *“Los talmudistas se identifican a la Thorá como cuerpo, y lo que se transmite, es*

¹ Lo decible y lo indecible del objeto en relación con el deseo. Hugo P. La transmisión y lo intransmisible en psicoanálisis. Conversación 2

lo que dice ese cuerpo"², dice Lacan. Justamente esto es lo que él profiere haber intentado hacer al escribir sus matemas, darle cuerpo a su enseñanza.

A través de la voz es que se puede intentar "*sacarle otro decir al texto*"³ en el que cada analista se vea forzado, como Lacan plantea en su intervención en un congreso: "*a reinventar el Psicoanálisis*", y luego agrega: "*a que cada analista reinvente el modo en que el Psicoanálisis pueda durar*"⁴. Me recuerda a cuando Borges se pregunta ¿qué es un libro?, y responde: "un libro es un objeto físico en un mundo de objetos físicos. Es un conjunto de símbolos muertos. Y entonces llega el lector adecuado, y las palabras -o mejor, la poesía que ocultan las palabras, pues las palabras solas son meros símbolos- surgen a la vida, y asistimos a una resurrección del mundo."

En el estilo en que Hugo transmite, se pone en juego la más de las veces la voz que intenta un decir que reinvente, y esto es lo que procuramos conservar. Lo oral, que, a diferencia del primer libro, en este es lo que predomina, y su pasaje a lo escrito para brindarle materialidad de texto, un texto que pueda ser leído y que a la vez perdure algo de su espíritu, fue el desafío ante el que nos forzamos a fracasar una y otra vez. "*Todo libro que vale la pena ser leído fue escrito con el espíritu*", decía Bernard Shaw. ¿Qué es el alma de un libro, la psique le llamaban los griegos, sino eso que dice a quién lo lee, más allá de lo que está escrito?

"Retazos de Transmisión" recorre en sus páginas toda una trayectoria de "intentos", intentos generosos porque en sus formas inacabadas no retacean el esfuerzo de ir más allá de lo ya sabido de la erudición, de intentar esa reinvención que transmita ese otro decir que, en su singularidad, se pierde, inasible, en lo que cada quien escucha. Y quizá, sólo quizá, en algún lector, de eso que se pierde quede algo, un resto. Algo muy propio y a la vez ajeno ya al libro, que inspire la resurrección del mundo, que convoque otra voz. Que reinvente, una vez más, quizá.

Quizá ya digo pavadas. Pavadafraseo lo que no puedo terminar de decirles. Será porque eso no se termina, pero sí acaba.

En este punto pensé en leerles algunos de mis retazos, los que a mí me dicen. Pero que mejor que cada quien encuentre los suyos. Como Hugo termina su prólogo que no es un prólogo: "La apuesta ya está hecha". Agrego: la apuesta de Hugo, ahora que cada quién haga la suya.

Sebastian Cariola

² Transmisión y Talmud, en Lacan oral.

³ Transmisión y Talmud, Lacan Oral.

⁴ Intervención sobre la transmisión, 9° Congreso de la École Freudienne de Paris sobre « La transmisión » (9/7/78). Publicado en las Lettres de l'École, 1979, n° 25, vol. II, pp. 219-220.